

Ushuaia, de Sergio Luján y Alberto Conejero

El frío

La obra tiene un título toponímico, ya que designa el lugar en que transcurre, al menos en lo que en la historia sería “el tiempo presente”, porque este es el tipo de narraciones en las que los personajes conviven con los fantasmas de su pasado en tiempo real, y todos sabemos lo que implica convivir con los remordimientos de los pecados propios, sus consecuencias y el pensamiento más invasivo del ser humano: “¿Y si hubiera?”, ejemplo de la escasa valoración de la propia insignificancia de cada ser humano que habitó este planeta. El susurro del camino no tomado es, sin dudas, peor que el regreso del padre del príncipe danés.

El lugar

Los escalofríos del remordimiento son una suerte de paralelismo psicocósmico con el clima helado del invierno en esa suerte de *finis terrae* que es Ushuaia, literalmente el final del continente más austral sin contar la *terra incognita* de la Antártida,

El dispositivo

Martín Siri ha hecho un trabajo superlativo con una sala que no es de las más gratas para intervenir como la Zavala Muniz, por su forma particular, por más que esté provista de la excelente estructura técnica del Solis.

Al llegar el espectador encuentra la sala en formato frontal, con un *oculus* (¿un álef?) que proyecta al fondo un bosque invernal sacudido por el viento, que susurra creando la sinestesia de frío en el público sensible.

En el piso, un gran círculo de arena es flanqueado por un piano, a la izquierda del espectador, tocado por Matthäus (Franco Rilla), que a su vez canta en alemán corregido agresivamente por Mateo (Fernando Rodríguez Compare) desde el sector derecho, dispuesto como un lugar de trabajo/habitación, con un escritorio atestado de objetos, una silla, un perchero con ropa y pocos elementos más.

La duplicación de ambos elementos circulares toma una nueva dimensión cuando en el del piso se utiliza para proyectar escenas de *Moby Dick*, símbolo universal de personajes con una historia que no pueden dejar atrás.

Los humanos

En estos bosques se ha refugiado Mateo, un inmigrante alemán que vive una existencia de ermitaño y a cuya casa ha llegado, por la promesa de un empleo, Nina (Raquel Diana), un personaje extrañamente fuerte (para alguien que ruega por un trabajo en, literalmente, ninguna parte) que logra imponerse al carácter atrabiliario del anciano.

Por otro lado (en un sentido metafórico y también literal, por la construcción del dispo-



Foto: Reinaldo Altamirano.

sitivo escénico), Matthäus vive en otro tiempo y su contraparte es Rosa (Agustina Vázquez Paz), una judía sefaradí cuya familia ha encontrado su hogar en Grecia. Rápidamente se revela que Matthäus es nazi, y su relación con una mujer judía no puede ser más que un problema.

Al igual que el elemento circular duplicado se vuelve uno triple, hay un personaje que rompe la simetría, la chamana Selk'nam (Susana Anselmi) que no interactúa con nadie, permanece en la periferia de la acción (salvo al llegar el espectador a la sala) y representa las fuerzas primordiales de la naturaleza y la magia atávica, la escenificación de las energías que llevan a los personajes a su conflicto y eventual resolución. Es decir: el teatro.

Los autores

Alberto Conejero es un intelectual de respeto, no solamente por su extenso conocimiento de idiomas como griego clásico, o por su doctorado en ciencias de las religiones, sino por su comprensión profunda de la interacción del lenguaje con el alma humana (por no hablar de los personajes, que al momento de crearlos son solamente lenguaje) y logra mezclar en esta obra griego, alemán y el nada común ladino, una suerte de español arcaico que es el que hablaban los judíos españoles expulsados en el siglo XV.

Sergio Luján es un director conocido en el medio, no muy frecuente en salas céntricas como la Zavala Muniz, pero conocido como docente y puestista. Tiene una cierta tendencia al énfasis excesivo, algo que engrosa el trazo de su poética, pero esto no necesariamente es algo malo, es un rasgo. Por decir algo: una proyección de más de dos minutos de la Marcha del Silencio por los desaparecidos es algo excesivo escénicamente. El público entiende con menos. Algo similar pasa con *Moby Dick*, se habla del libro, se lo lee y se proyecta la película.

En fin

Los actores realizan un trabajo excelente, con-

formando uno de los mejores elencos del año (un año con varios conjuntos escénicos muy buenos) y con —una vez más— Franco Rilla desplegando un talento superlativo mientras actúa, toca el piano y canta en alemán (idioma para el que fue entrenado porque no lo habla) en una simetría con Agustina Vázquez Paz que canta pero en ladino.

Raquel Diana y Fernando Rodríguez Compare se simetrizan en las dos polaridades que generan la tensión escénica: el custodio del secreto del pasado y quien lo busca, ambos con la necesidad existencial de poder, para sobrevivir, matar a esa ballena blanca que los acosa desde las profundidades de la bahía del fondo (ese es el significado de “Ushuaia” en yagán). Por último, las fuerzas ominosas de la naturaleza y del destino los rodean y observan desde lo liminar entre lo escénico y lo obscuro encarnadas por Susana Anselmi.

Pero no se equivoque, lector, si usted tiene un asunto pendiente con el pasado, ir a verla no es opcional.

Dramaturgia: Alberto Conejero.

Dirección general: Sergio Luján

Elenco: Fernando Rodríguez Compare,

Raquel Diana, Franco Rilla,

Agustina Vázquez Paz, Susana Anselmi.

Diseño de escenografía y realización:

Martín Siri.

Diseño de iluminación y proyecciones:

Fernando Scorsela.

Diseño de sonido: Andrés Guido.

Diseño de vestuario: Agustín Rabellino

y Eugenia Ciomei.

Realización documental y edición de

imágenes: Manuel Negreira.

Fotografía y registros: Reinaldo Altamirano.

Traducción e instrucción del idioma alemán:

Oriana Irisity.

Traducción e instrucción del idioma griego:

Dionysia Kyriakopolou.

Prensa: Rodrigo Llambías.

Producción: Intermedios Producciones

y Leonardo Urrutia.